
Editorial

El presente volumen inicia con un análisis de la investigadora María del Carmen Olvera acerca de la cubierta del desaparecido templo de San Gregorio, en la Ciudad de México. Para ello, la autora toma como fuente primordial el contrato celebrado en 1683 entre el provincial de la Compañía de Jesús en la Nueva España y el maestro Pedro Ximénez, un artesano cuyo oficio era la carpintería de lo blanco, especializado en la realización de cubiertas de armadura. El texto pone de manifiesto cómo el análisis de documentos ofrece amplias posibilidades para adentrarse en el conocimiento de los monumentos edificados en otro tiempo. En especial, este género de fuentes documentales —como la que está en la base del trabajo de María del Carmen Olvera— pasa a ser fundamental cuando se trata de los inmuebles que han desaparecido. Es entonces que los registros escritos de diversa índole adquieren un incuestionable peso decisivo, casi único, para que los investigadores obtengan insustituibles elementos informativos. Bien sea acerca de los procedimientos, las fechas, los artesanos, los promotores, las condiciones y un sinnúmero más de aspectos que estuvieron presentes en la época cuando se realizó una obra, así como acerca de sus características y cambios durante el tiempo en que ésta se hallaba en pie, como es el caso de la primera contribución, con que da inicio este número del *Boletín*.

Viene en seguida un texto que se ocupa de las arquitecturas efímeras: aquellas que se diseñaron y construyeron para homenajear a algún personaje fallecido, principalmente los monarcas. Por ende, se trata de obras que sólo estuvieron expuestas durante un tiempo limitado. El autor de esta colaboración, Benito Rodríguez Arbeteta, se detiene a examinar esa particular expresión de la actividad arquitectónica, abarcando los siglos xvii y xviii. Su artículo se centra en el examen de un conjunto de paneles, probablemente restos de un túmulo mortuario realizado a raíz de la muerte del rey Carlos III. Esos elementos proceden del templo de Santa Prisca, en Taxco, y son examinados, contrastándolos con una serie de

objetos arquitectónicos similares que se realizaron en la península ibérica durante los dos siglos señalados. De igual manera, el ensayo se ocupa de examinar el contenido simbólico inserto en este tipo de obras efímeras, cuyo componente necrófilo es, dado su propio carácter, muy significativo.

De entre las edificaciones conventuales más importantes del siglo *xvi* novohispano destaca, tanto por sus dimensiones como por su calidad constructiva y su forma arquitectónica, el conjunto agustino de San Nicolás Tolentino, en Actopan, Hidalgo. Este inmueble es el tema del que se ocupa Fabiola Moreno Vidal en el siguiente espacio del *Boletín*. En particular el examen que realiza se ocupa con mayor atención en la fachada occidental del templo, cuya singularidad compositiva contiene muy significativas características formales. Aunque esa fachada guarda una serie de rasgos de identidad con las de otras obras similares realizadas por la propia orden agustina en el siglo de la conquista, ésta del conjunto de Actopan muestra una muy particular solución formal, misma que es analizada con detalle por la autora. Así, se detiene a analizar aspectos concretos de la cantera labrada, al tiempo que de manera detallada da cuenta de esos componentes, exponiéndolos desde una perspectiva iconográfica.

Un personaje pintoresco que vivió en el Monterrey del siglo *xix* y respondía al nombre de Papias Anguiano, de oficio pintor y que devino arquitecto, es el objeto del siguiente texto. En él, Enrique Tovar Esquivel examina la participación del citado individuo como realizador de un cierto número de obras arquitectónicas, tanto en la capital del estado como en otras localidades de Nuevo León. Una de sus primeras obras en esa entidad fue un trabajo de diseño interior en una capilla de Linares, y tiempo después levantaría un mapa del partido de Linares. Ya vecindado en la capital neolonesa, comenzó su labor constructiva con el diseño y ejecución de dos fuentes, al tiempo que instaló una fábrica de ladri-

llos y comerció con lajas de piedra. Empero su obra más importante fue la fachada del ya desaparecido Palacio Municipal de la ciudad de Monterrey, proyecto de mediados del siglo *xix* que no fue exclusivo de él, pero en el cual tuvo una participación predominante.

El ingeniero arquitecto Emilio Dondé Preciat tuvo una participación por demás sobresaliente en el México de las últimas décadas del siglo *xix* y los primeros años del *xx* al realizar un gran número de obras edificadas. Es por ello que dos de las colaboraciones que integran este volumen se dedican a examinar buena parte de la actividad de ese destacado profesional. La primera de ellas, elaborada por Marcela Saldaña Solís, nos sitúa frente a un profesionalista impulsor de la modernidad en el México del Porfiriato. La segunda colaboración respecto a Dondé, realizada por otro autor, se verá aquí en el párrafo siguiente a fin de no alterar la secuencia en que están ordenados los textos del presente volumen. Por su parte, el trabajo de Marcela Saldaña muestra las condiciones contextuales en que se desarrolló la actividad de Emilio Dondé, enfatizando su papel como agente de la modernidad. Empero, son dos aspectos de los proyectos de aquel profesionalista los que atraen la atención de la autora: el manejo de la luz y su tratamiento del espacio. A ellos se añade el análisis de la importancia que tuvo el manejo de los nuevos materiales de construcción, que la industria del ramo iba desarrollando y los que Dondé supo incorporar a la realidad mexicana de una manera por demás innovadora.

A su vez, el otro trabajo acerca de Emilio Dondé que viene en seguida, es el desarrollado por Pedro Paz Arellano. En este caso el análisis se dedica a una sola edificación diseñada y construida por el ingeniero arquitecto: el inmueble situado en la Calle de Tacuba 53 y que fuera propiedad del señor Luis Escalante, alguien a quien el autor define como “un hombre acomodado”, con lo que deja ver que no de-

ben haber escaseado los recursos financieros para materializar la obra. El análisis que Paz Arellano hace tanto del proyecto como de otras consideraciones ligadas a la necesidad de ir tomando decisiones durante el desarrollo de la obra son muy detallados. Asimismo, el material gráfico que presenta a lo largo del escrito, en respaldo al mismo, es también muy apropiado, reforzando de manera pertinente la argumentación que expone. Al respecto, está muy bien planteado el análisis compositivo que hace de uno de los flancos del comedor, a partir de uno de los dibujos elaborados por el propio Dondé. Aunque el análisis se enfoca sólo a una edificación de dicho ingeniero arquitecto, el texto también se ocupa de presentar algunos otros aspectos de su vida profesional, con lo que se amplía la visión que ofrece, enriqueciendo y complementando el texto que lo antecede en este ejemplar del *Boletín*.

Hacer un recuento del acervo histórico arquitectónico existente en los 10 municipios que integran el estado de Quintana Roo, es el objetivo del trabajo que presentan Luis Jesús Ojeda Godoy y David Pérez Fernández. Cubre los realizados durante un periodo amplio que se extiende desde el siglo *xvi* hasta el *xix*, comprendiendo una nómina de 145 inmuebles que han sido identificados como monumentos históricos. El 80% de esas edificaciones, esto es un total de 116, se localizan en dos municipios quintanarroenses: Felipe Carrillo Puerto (con 86) y Tihosuco (con 30). El texto hace un recuento de los grandes procesos históricos por los que ha atravesado el actual estado de Quintana Roo desde la Conquista hasta el Porfiriato. En sus páginas se ofrece una visión de conjunto sobre el empleo de materiales propios de la región, así como de la diversidad de sistemas constructivos con que se erigieron esas decenas de edificaciones. Del mismo modo en que organizan la presentación de acuerdo con los diferentes géneros arquitectónicos, comenzando por los del religioso, que son con mucho los más abundan-

tes. En seguida se ocupan de las construcciones del género civil, resaltando los rasgos de sencillez que caracterizan a la producción regional, para terminar con las edificaciones del género militar, cuyo número es el menor, pero que sin embargo son construcciones de importancia por su solidez constructiva, su función y sus dimensiones. En especial el fuerte de San Felipe de Bacalar, que los autores designan como: “[...] el monumento más importante de la entidad”. Complementa el registro de los monumentos mencionando a los cementerios y a las arquitecturas para el agua y para la producción.

Una semblanza histórica acerca de un inmueble que en la actualidad es la sede del Museo de las Culturas, en la calle de Moneda 13 de la Ciudad de México es la que se ofrece en el trabajo de Elsa Hernández Pons. Se trata de un edificio erigido desde el siglo *xvi*, pero que ha vivido serias transformaciones al paso del tiempo, de suerte que su imagen actual es la que en lo esencial adquirió en el siglo *xviii*. Durante el periodo virreinal, su principal función fue albergar la Casa de Moneda, y cuando esta institución se mudó a la Calle del Apartado, entonces fungió como museo, alojando diversas instituciones y colecciones museográficas. De ahí que las páginas de este artículo se dediquen, entre otras cosas, a hacer un recuento de las principales etapas por las que ha atravesado la historia del predio donde se alojaron diversas dependencias, incluyendo el Museo Nacional de Antropología que ahí se hallaba establecido hasta 1964. La autora se ocupa de historiar las diversas funciones que ha tenido el inmueble, al igual que se refiere a las múltiples intervenciones que ha tenido a lo largo de los varios siglos de haber sido construido, incluyendo las considerables ampliaciones que experimentara, sobre todo en la primera mitad del siglo *xviii*. Los apéndices que contiene esta colaboración son materiales de gran utilidad para quien quiera adentrarse un poco más en el conocimiento del inmueble.

Un análisis de coyuntura, dentro de la zona zoque y durante la Guerra Cristera, así como sus repercusiones en el patrimonio de esa región chiapaneca, es el que desarrolla Virginia Guzmán. La autora llama la atención acerca de la importante función que desplegaron la Inspección General de Monumentos Artísticos e Históricos, junto con el nombramiento de inspectores y subinspectores honorarios, así como las juntas vecinales que administraron los templos católicos e hicieron los inventarios de los bienes que había en los mismos. Dichas instancias fueron analizadas de acuerdo con lo que experimentaron en las condiciones específicas que se vivieron en varios lugares de aquella región del estado de Chiapas. Sobre todo en virtud de la delicada situación que surgió a raíz del conflicto entre la Iglesia católica y el gobierno de Plutarco Elías Calles, hacia 1926, y que se prolongara durante varios años. Entre las fuentes fundamentales de este trabajo estuvieron los archivos Estatal e Histórico del estado de Chiapas, así como el Archivo Institucional del INAH. De igual forma, la autora acudió a los testimonios de personas de edad avanzada, vecinos de localidades de aquella

región (de algunos de los cuales se incluyen fotos), así como a fuentes secundarias que abordaron el conflicto desde posturas contradictorias. El artículo presenta diversos factores contextuales que incidieron en el conflicto Iglesia-Estado, incluso los de índole internacional. Asimismo señala las diversas leyes de protección y conservación del patrimonio cultural que promulgara el Estado mexicano en diferentes momentos, deteniéndose en la quema de imágenes y otras manifestaciones de anticlericalismo que amenazaban con destruir objetos e inmuebles religiosos.

Complementan el volumen una reseña de Leopoldo Rodríguez Morales acerca del libro de Max Calvillo y Abraham O. Valencia Flores, *El Cuadrilátero: recinto histórico. La formación de un ícono de identidad del Instituto Politécnico Nacional, 1922-2014*, México, IPN, 2016, y una nota elaborada por María del Carmen León García en homenaje al recientemente fallecido ingeniero Enrique Santoyo Villa, especialista en mecánica de suelos.

GUILLERMO BOILS M.

Instituto de Investigaciones Sociales,
Facultad de Arquitectura, UNAM

